

ÉCOUTEURS

MARISOL GARCÍA WALLS

Para Roberto, ruidero

Si la lista de las razones por las cuales uno concilia el sueño es limitada, por no decir aburrida, la de las de la vigilia suele ser, por el contrario, infinita. Muchas veces el insomnio es voluntario. Hay quienes se enorgullecen de su condición y portan sus ojeras como si fueran insignias de guerra. Pero el insomnio, por lo general, es producto de circunstancias ajenas: un castigo o una imposición.

Quien se haya cambiado de casa últimamente concederá que hay pocos motivos capaces de privarnos del sueño con la efectividad de una mudanza, más aún si en el trayecto se descubre que los vecinos son, sin miedo a exagerar, *demasiado* ruidosos. No hay quien niegue que ésta es una de las cosas más duras a las que se puede someter el espíritu humano. Ante este panorama, son dos las alternativas: en primer lugar, el camino de la insumisión, que emprende quien se niega a perder los minutos más preciados de su sueño y, con orgullo, reclama. En segundo, el camino por el que opta quien se rinde ante el poder que ejerce su vecino y, no del todo habituado al ruido, se levanta de hombros y maldice el momento en el que la casa, santuario de su individualidad, se convirtió en el infierno que hoy lo oprime y lo desquicia. Muchos son quienes, ante la adversidad, se rompen. Pocos los que conquistan la aceptación.

*

Una noche escuché un ruido que provenía del piso de arriba: una puerta que se azotaba con violencia. Mi perra, ovillada entre mis pies, también se despertó.

*

Nunca sabremos lo que pasa —en sentido literal— *intramuros*, pero ¿caso no hay evidencia suficiente para comprobar que el ruido de los vecinos es,

como tantas otras cosas en la vida, un arma de doble filo? No sabemos si el taconeo de una mujer, el llanto incesante de un bebé, una fiesta que se extiende hasta la madrugada serán la semilla de la ventura o el infortunio ajenos. No es arriesgado pensar que el ruido del calentador destaralado de una anciana es el responsable del tic nervioso del ama de casa que comparte, pared con pared, el cuarto de lavado. Pero tampoco lo es asumir que no existen quienes, con tal de evitar comprar un despertador propio, se levantan a diario con el de otro, cuyo sonido atraviesa las paredes del edificio.

Quién sabe cuánta neurosis, cuánto enojo no se evitaría si el baterista amateur decidiera, un día, asumir su condición de empleado de oficina. Que lance la primera piedra quien nunca haya sentido alivio al ver naufragar la carrera musical de un condómino. Quién sabe si se perdería, en este movimiento, alguna obra artística de gran valor. No lo sabremos nunca, pero no habría que desprestigiar los alcances, al menos en el terreno de la imaginación, que provocan los paisajes sonoros de la vivienda compartida.

*

Una risa vulgar y estridente. El goteo de la orina de un hombre sobre la taza del baño. Un graznido que canta líneas inconexas de una canción popular. Acostadas en mi cama, la perra y yo experimentamos por primera vez el miedo. El miedo a una casa que no se siente propia.

*

Los que habitan un segundo piso no llegan a saber nunca que son permanentemente observados. Rectifico: escuchados. El anonimato que brinda la planta baja es el privilegio de los *écouteurs* que, a diferencia de los *voyeurs*, encuentran deleite en robarle no la imagen, sino el sonido a los demás. Igualmente perturbados, igualmente alienados, son los unos y los otros: terroristas de la intimidad ajena. Se convierten en los que ven, en los que escuchan, frente a los que son

vistos y escuchados. Los que, para apresar la vida de los otros conservan la suya, con un dejo de perversidad, en absoluto secreto. Su condición inaudible e invisible se convierte en la prerrogativa que los hace sentir cercanos a los dioses: tienen la certeza de que su comodidad jamás será violada.

El *écouteur*, atento siempre a la vida que transcurre dos metros por encima de su cabeza, conoce de memoria la rutina dictada por las pantuflas de la mujer de otro, que revelan el temperamento de su dueña en el arrastre. Distingue en el cubo de la escalera el radio de pilas del tercer piso, que se opone al televisor que suena en el sexto. Se excita con los ruidos de las visitas nuevas y encuentra el pasmo extático en lo que reconoce como la vibración de los resortes de un colchón en horas insospechadas.

Nadie, por otra parte, se molesta tanto como él cuando se escucha un taladro fuera del horario laboral; nadie se desvela tanto cuando el aullido de un perro solitario rompe la madrugada. Pero incluso esto lo soporta como ningún otro, pues cualquier queja ante el comité vecinal podría poner en peligro el futuro de la actividad que más le complace. El *écouteur* jamás se traicionará a sí mismo; fiel ante los que comparten su condición, hace todo lo posible por proteger los intereses comunes que dictan que la invisibilidad (¿o la inescuchabilidad?) asegura la supervivencia del fetiche: mientras no se escuchen los ruidos que el *écouteur* emite, el *écouteur* no existe.

*

Después del miedo, sobrevino el asombro. No tanto por la fuerza de los ruidos del piso de arriba, sino por el detalle: me di cuenta de que podía recrear, sin esfuerzo, la vida entera de esta pareja.

*

Si la escucha se desarrolla, más que nada, en el plano de la imaginación, su éxito no está asegurado a menos de que haya un desdoblamiento. El *écouteur*, como un *doppelgänger*, viaja a través de las cañerías para representar en su mente las escenas que conforman la realidad. Como el Luis de Baviera de Cernuda, este personaje asiste

cada noche a una representación operística de la vida que no le ha tocado vivir. Con resentimiento —quizás con envidia—, pero también con una inagotable curiosidad, hace todo lo posible por renovar su boleto de entrada al espectáculo que ofrece un programa novedoso e imprevisible y que siempre, sin excepción alguna, complace al máximo sus exigentes gustos. Así los ruidos que escucha forman parte del concierto de voces que brota en el edificio y que alcanza su culminación hacia el final, antes de la hora de dormir. El *écouteur*, en sus vecinos, escucha su Lohengrin:

Los ojos entornados escuchan, beben la melodía como una tierra seca absorbe el don del agua. Asiste a doble fiesta: una exterior, aquella de que es testigo; otra interior allá en su mente, donde ambas se funden (como color y forma se funden en un cuerpo), componen una misma delicia.

*

Empecé a obsesionarme con la vida de mis vecinos. Descubrí en la cocina un cubo de madera destinado a proteger el circuito eléctrico y encontré que, si abría la pequeña puerta, podía escucharlos con mayor claridad. La perra llegó a conocerlos mejor, a juzgar por los ratos que ella pasaba sola en casa mientras yo salía a trabajar.

Pronto inventé rostros que correspondieran con los fragmentos de sus conversaciones. En mi mente eran Él y Ella, poseedores de un peso, una estatura, un corte de pelo específico. En todos sentidos, los Otros que habitan mi imaginación.

*

La gama de padecimientos clínicos relacionados con la hipersensibilidad al sonido es mucho más amplia de lo que uno podría pensar. Se trata de una condición médica que la mayor parte de las veces no se diagnostica y no se trata. Alguien tan cercano como un familiar o, sin extendernos demasiado, un vecino, podría estar sufriendo —como si se tratara de un círculo privado en el infierno dantesco— de alguna enfermedad relacionada con la hiperacusia. El perpetuo amanecer del malestar.

Los síntomas van desde un leve fastidio hasta una franca incapacidad para vivir la vida normal. Entre los diagnósticos posibles se encuentra el reclutamiento coclear, por ejemplo, que altera la percepción del paciente sobre incrementos de volumen de manera más rápida que el resto de las personas: un leve giro en la perilla del radio podría resultar fatal. Por otra parte la misofonia, que es la sensación subjetiva de molestia ante el sonido, puede llegar a causar divorcios si —digamos— el cónyuge del paciente ronca. Afortunadamente la persona en cuestión no padece el miedo extremo que caracteriza a los fonofóbicos, que sufren ataques de pánico cada vez que escuchan un sonido asociado a una experiencia negativa, como el silbido del camotero que perturba al veterano de guerra o el batir de la cortina contra la ventana abierta que sobresalta al ladrón.

Alguno de estos padecimientos podrían ser la causa —aventurando una hipótesis— de la intolerancia que muestra el vecino que siempre clausura la fiesta. En la dinámica del edificio, ¿quién podría asegurar que no fue el martilleo constante o el lejano zumbido de una pistola de pelo la causa del suicidio, aparentemente inexplicable, del hombre que habitaba la planta inferior? Exageraciones aparte, la gravedad de estas enfermedades reside en un hecho indiscutible: en que la persona experimenta una pérdida de control absoluto ante lo que le pertenece al mundo y lo que reconoce como propio.

El ruido externo se convierte en algo que mina el mundo interno, erosionando su carácter, como si se tratara de una gotera obstinada que cae directamente sobre el cráneo. La idea de frontera se quiebra, sin posibilidad de enmienda. Lo que no nos mata nos hace más fuertes, es cierto, pero lo que nos parte, lo que nos escinde, tiene el efecto inverso: nos hace desconfiar de todo lo que no resulta familiar.

*

La madrugada del primer domingo de diciembre escuché los gritos de una pelea. Sabía que la noche anterior habían estado bebiendo. ¡Abre la puerta, Felipe! ¡Abre la puerta! Silencio ¡Que abras la puta puerta, Felipe! Manotazos y golpes. Una patada. Gritos. Llanto. Y después, nada.

*

Aunque el concepto es nuevo, la palabra *soundscape* o paisaje urbano remite a una experiencia común a todos: al conjunto de ruidos o sonidos distintivos de un lugar en un determinado momento. A medida que el entorno se (re)crea en el paisaje sonoro, éste, a su vez, es creado por el entorno: no sólo los sonidos que forman parte del telón de fondo de la vida, sino la suma de ruidos que, marcados por las circunstancias, las relaciones entre objetos y personas crean la huella afectiva de un lugar: la de la calle donde nacimos, de nuestro mercado favorito, de una plaza pública.

Conforme se ha ido modificando el concepto de vivienda, han cambiado también los sonidos propios del entorno, en la medida en que las relaciones que entablamos con los espacios son también distintas.

Ya no sorprende a nadie el culto excesivo al silencio: ahí donde antes convivían sin problema —y de forma natural— los gritos de partido de fútbol con las baladas en el radio y un pregón en la distancia, hoy se privilegia la quietud. Ignoro si en un futuro dedicaremos un templo al silencio, como símbolo de esta nueva religión devota del mutismo.

De ahí la importancia que la noción de paisaje sonoro da a los ruidos en general, convirtiéndolos en sonidos valiosos, transformando el barullo en pieza artística. Trasladado a la dinámica de un edificio, no es descabellado pensar en el *écouteur* como curador de su propia sinfonía urbana.

*

Estuvieron callados durante mucho tiempo. Llegué a pensar que se había disuelto el matrimonio o que se habían ido del edificio. Un día, de la nada, retomaron su rutina habitual.

*

La tecnología permite, incluso anima, la posibilidad de llevar registros. Podemos imaginar cómo se escuchaban las ciudades antes de la llegada de los automóviles y de la electricidad, pero no podemos compararlos, en el plano de

la realidad, con los sonidos de una ciudad actual. De ahí que haya una gran cantidad de proyectos que hacen lo posible por preservar el paisaje sonoro de distintos lugares en el mundo. Quienes se dedican profesionalmente al estudio de la ecología acústica se saben indispensables para la antropología del futuro. La intimidad se convierte, entonces, en una pieza de museo; con miras a lo venidero, pero con un doble anclaje entre el pasado y el presente. En otra escala, también lo que se escucha en el edificio, las relaciones que se gestan entre los productores de sonido y los que conservan un registro reproducen lo que ocurre en las ciudades.

Ante la imposibilidad de apresar la vida que pasa, se elige un soporte material que asegu-

re la conservación de aquello que juzgamos valioso. Más que un *voyeur*, el escritor es un *écouteur*. Es la gran enseñanza de Hemingway: un escritor sin oído es como un boxeador sin la mano izquierda.

*

Recuerdo el día en que abandoné ese edificio como uno providencial. Cerré la puerta de mi departamento y me dirigí hacia la entrada. Una pareja cruzó el portón y ella, sonriente, se agachó a acariciar a la perra, que caminaba a mi lado. Él dijo:

—La vamos a extrañar. Siempre la espíamos desde el piso de arriba.